

El vivir de los creyentes por medio del Espíritu (el Cristo resucitado y ascendido) para establecer el reino de Dios en esta tierra (Hechos 1-6)

Gracias al Señor por este tiempo. Realmente estamos disfrutando mucho del libro de los Hechos. ¡Es un libro precioso! Hemos puesto como título: El vivir de los creyentes por medio del Espíritu para establecer el reino de Dios en esta tierra. Los Hechos no son sólo actos, sino el vivir de los creyentes a través del Espíritu. También podríamos llamarlo Los Hechos del Espíritu, pero el Espíritu no hace los hechos solo sino en unión con los creyentes; y los creyentes tampoco actúan solos sino en unión con el Espíritu. Estos Hechos son el resultado del actuar de los creyentes en el Espíritu y del Espíritu obrando en los creyentes. Siempre que se produce esa unión ocurre algo, hay un efecto, suceden hechos, y estos son Los Hechos de los apóstoles.

La salvación completa en el nombre de Jesucristo de Nazaret (Hechos 3)

En el capítulo 3 vemos uno de esos hechos maravillosos. Vemos a un cojo y cómo a través de Pedro, en el nombre del Señor, este hombre fue sanado.

Le damos muchas gracias al Señor por Su nombre. ¡Este nombre es maravilloso! Creo que no llegamos a darnos cuenta de la dimensión que tiene ese nombre para nosotros. ¡Es un nombre glorioso! ¡Es un nombre sobre todo nombre! Como nos dice la Palabra, es un nombre precioso. Quizás deberíamos haber dedicado una sola reunión para hablar solo de este nombre, porque a lo largo de todo el libro de Los Hechos el nombre de Jesús está en cada hecho. Espero que esta mañana todos tengamos una gran apreciación por el nombre de Jesús.

Un nombre precioso y valioso más que el oro (Hch. 3:6)

¡Este nombre es precioso! Más precioso o valioso que la plata o el oro; tanto que Pedro le dijo al cojo: *“No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”* (3:6). ¡Qué nombre tan precioso! Fijaos cuán valioso sería este nombre para los hermanos al principio, que lo dejaron todo por él. Lo vendieron todo porque

tenían un nombre que era más precioso y valioso que cualquier otra cosa. E incluso dieron sus vidas por él. ¿Cómo es ese nombre de precioso para ti? ¿Darías tu casa por ese nombre? ¿Darías tu vida por él? Ellos entendieron que ese nombre era mucho más valioso que todo lo que poseían, que la plata o el oro de este mundo, y que en ese nombre eran enriquecidos.

Poderoso para sanar por completo (Hch. 3:7-9, 12)

Pero además de precioso y valioso también es poderoso. Si hubiéramos invocamos el nombre de cualquier otra persona sobre el cojo no hubiera pasado nada, pero cuando los discípulos dijeron: “en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”, en ese nombre realmente había poder. Por eso tenemos que aferrarnos a este nombre cada día. No es solo precioso para que lo disfrutemos, sino que también tiene poder para sanar y salvar. Y no solo para sanar nuestro cuerpo, como hizo con el cojo, sino para darnos una sanidad completa: “*Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros*” (v. 16). Esta sanidad plena incluye también nuestra alma: la sanidad de nuestra mente y de todo lo que somos interiormente. Por eso es tan importante que diariamente invoquemos el nombre de Jesús. Estos hermanos en Los Hechos continuamente invocaban ese nombre porque en él encontraban una sanidad completa. En él lo tenían todo. Aún Pablo, que perseguía ferozmente este nombre, más tarde se dio cuenta de que el Señor es rico para todos los que le invocan. Al principio perseguía a los que lo invocaban porque no sabía lo precioso y rico que era, pero después, cuando lo gustó, dijo: “*Pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo*” (Ro. 10:12-13). ¡Qué rico es este nombre! Antes respiraba amenazas de muerte contra los discípulos que invocaban ese nombre (Hch. 9:1), pero, al gustarlo, empezó a respirar el nombre del Resucitado, y éste cambió su vida.

En el que hay salvación (Hch. 4:12)

En él también tenemos salvación: “*En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos*” (4:12). ¡Aleluya! ¡En él tenemos mucho más! Tenemos la salvación que nos hace hijos de Dios. A través de ese nombre tan precioso hemos recibido Su vida. Espero que en estos días lo disfrutemos. Este nombre es capaz de transformar nuestras vidas y darnos una salvación plena.

El resultado de la salvación completa (Hechos 4)

Ayer vimos en el capítulo 3 que el Señor quiere darnos una salvación plena. Hoy, en el capítulo 4, queremos ver que Él tiene un propósito con esa salvación. Vimos lo maravilloso y rico que es el Señor: Él es el Nazareno, el Siervo de Dios, el Santo y el Justo, el Autor de la vida, el Cristo, el Profeta y la Simiente de Abraham. ¡Aleluya, el Señor es tan precioso! Pero no acaba ahí. En el capítulo 4 vemos algo más, Él es la Piedra viva, la Piedra angular. ¿Y, para qué sirve una piedra angular? Para edificar. Esto nos muestra que el propósito de la salvación con el hombre es que seamos edificados. Dios nos ha sanado y salvado para que seamos edificados como una casa con Cristo como la Piedra angular. Por eso, este Cristo maravilloso que vemos aquí tiene que ser forjado, constituido en nosotros; tiene que formarse en nosotros de tal manera que nos haga piedras vivas semejantes a Él.

Leamos nuevamente el versículo 10 de Hechos 4: *“Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo”*. Esto revela que este hombre fue sanado y salvado en el nombre de Jesucristo de Nazaret por medio de Su muerte y resurrección con el propósito de ser edificado en Cristo como la Piedra angular única.

Transformados en piedras vivas para ser edificados en Cristo, la Piedra angular

Pero para ser edificados sobre esta Piedra necesitamos ser transformados, necesitamos que ese Cristo maravilloso se forje en nosotros. Nosotros somos por naturaleza barro, y con el barro no se puede edificar. Mira el ejemplo de este hombre cojo antes de ser salvo. Por eso, tenemos que ser transformados. Y eso requiere un proceso. Para Pedro esto fue algo muy impactante en su vida. Él recibió esa revelación en Mateo 16: *“Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia”* (v. 18). En Hechos 4, él también habla de la piedra angular. Y después de muchos años, cuándo escribió su primera carta, volvió a hablar de lo mismo. Pedro experimentó a lo largo de toda su vida este proceso de transformación. Esto no ocurre de la noche a la mañana, requiere tiempo. Pero es precioso. Por eso, en su primera epístola, en el capítulo 2:1-4 nos vuelve a hablar otra vez de esta piedra angular y nos muestra algunos detalles de cómo somos transformados.

Desechando

En el versículo 1 dice: *“Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones”*. Para que se produzca la transformación primero tenemos que desechar todas estas cosas de nosotros. Ellos, al principio, se despojaron de lo terrenal: vendieron sus casas, dieron su dinero, desecharon lo externo; pero con el tiempo se dieron cuenta de que había muchas cosas aún en sus corazones que tenían también que ser desechadas. No basta solo con lo externo. Desechar lo externo puede ser, a veces, algo difícil, porque amamos mucho nuestra casa, nuestro auto, y nuestras posesiones materiales, pero, por otro lado, puede ser, incluso, fácil. Son cosas externas, sólo tengo que venderlas y dárselas a los hermanos. Pero, había cosas dentro de ellos que aún tenían que desechar, cosas que estaban arraigadas en su interior. Aquí nos habla, en primer lugar, de la malicia. Se dieron cuenta de que, a pesar de haberlo vendido todo, había malicia en sus corazones, engaño, hipocresía, envidias y maledicencia. Cada uno de nosotros sabe cuántas de estas cosas aún anidan en nuestro interior. Si queremos ser llenos y edificados en Cristo como la Piedra angular, no basta con vender nuestras posesiones terrenales, tenemos que “vender” todo lo que aún llena nuestros corazones. Tenemos que desechar y vaciarnos de todas estas cosas.

Acercándonos a Él

Pero después de desechar, tenemos que acercarnos a Él, quien es la Piedra viva: *“Acercándoos a él, piedra viva, desechada... por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa”* (v. 4). Empezamos acercándonos a Él, como el cojo, el día que volvemos nuestros corazones a Él, pero este proceso tiene que seguir cada día de nuestra vida.

Por un lado desechamos todo lo que es de la carne y del hombre natural, pero, por otro, necesitamos la esencia de la piedra. Vaciarnos de nosotros mismos es el principio, pero para la transformación no basta con desechar y vaciarnos, tenemos que tomar la esencia de la Piedra viva y ser llenos de ella. ¿Y cómo lo hacemos? Tenemos que acercarnos a Él, venir a Él. ¡Es tan maravilloso venir a Él! ¡Él es una Piedra viva! Pedro se dio cuenta de que el Señor era una piedra viva y que podía venir a Él. En mi casa tengo algunas piedras, pero si vengo a ellas y hablo con ellas no pasa nada, porque no están vivas. Pero esta es una piedra viva. Siempre que vengo a esta Piedra viva, puedo hablar y tener comunión con ella, puedo recibir Su vida, Su guía, Su

consejo, y también, a veces, Su disciplina, porque es una Piedra viva. Pedro y otros hermanos, a través de los años, aprendieron a venir a ella.

No es tan difícil venir a esta piedra. Pedro nos dice que es una Piedra preciosa: *“Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso...”* (v. 7). No es cualquier piedra, es una piedra viva y preciosa, una gema de valor incalculable. ¿No te atrae una piedra preciosa? Esta es mucho más preciosa que cualquier piedra de esta tierra, más que un rubí, un diamante o una esmeralda. ¿No te atrae el Señor? Cuando vienes a Él, ¿no es precioso para ti, o simplemente lo haces de manera religiosa o por una rutina? Vengo a Él porque es precioso, porque Su belleza me atrae. ¿No somos todos atraídos por lo precioso que es el Señor? Por eso, continuamente queremos venir a Él. Si un día no venimos a Él nos sentimos mal, porque no hemos podido contemplar Su belleza. Que el Señor despierte en nosotros el deseo de venir a Él como la Piedra viva y preciosa. Y cuanto más venimos a Él, más es forjada Su naturaleza en nosotros. Sólo Él te puede transformar a Su imagen. Esta es la única manera en que podamos ser también transformados en piedras vivas y ser edificados sobre la Piedra del ángulo.

¡Ven a Él cualesquiera que sean las circunstancias! A veces, cuando son buenas, es fácil venir a Él, pero cuando son malas o adversas, siempre tenemos alguna excusa. ¡Vengamos a Él! Vengamos siempre a esta Piedra viva. La situación de los hermanos en Hechos 4 tampoco era agradable. Imaginamos a los hermanos llenos del Espíritu Santo y predicando la Palabra con poder, pero aquí estaban siendo perseguidos, y los habían metido en la cárcel. No era una situación agradable. No era una cárcel de las de ahora. Pero, en medio de esa situación vinieron al Señor. No se quejaron. En estos versículos no vemos ninguna queja. No dijeron: ¿Por qué estamos en esta cárcel? o ¿Para qué? ¿Hay algún propósito? Estas son muchas veces nuestras preguntas al Señor. No está mal preguntarle al Señor por las cosas que nos suceden, pero aquí no leemos nada de esto. Tampoco vemos ninguna maledicencia. Como leímos en 1 Pedro 2:1, tenemos que desechar toda maledicencia. En vez de quejarse o protestar, vinieron al Señor y tuvieron comunión con Él, quien era Su Roca, Su Piedra de sustento, y en medio de aquella situación gustaron lo bueno que es Él.

Gustando la bondad y la misericordia del Señor

Todas estas experiencias fueron las que llevaron a Pedro más tarde a escribir en su epístola sobre esta Piedra preciosa. En el versículo 3, nos dice: *“Si es que habéis gustado la benignidad del Señor”*. En medio de aquella situación tan difícil ellos pudieron gustar lo bueno que es el Señor.

Cuando Pedro habla en Hechos 4 de la Piedra del ángulo (v. 11), hace referencia al Salmo 118, versículo 22, y estoy convencido de que no solo conocía ese versículo del Salmo 118 sino el Salmo completo, y mientras estaba en la cárcel, seguro que lo tenían muy presente y lo estaban experimentando: *“Alabad a Jehová, porque él es bueno; Porque para siempre es su misericordia. Diga ahora Israel, Que para siempre es su misericordia... Digan ahora los que temen a Jehová, Que para siempre es su misericordia”* (vv. 1-4). Estaban en la cárcel, pero, al mismo tiempo, estaban saboreando la benignidad del Señor, como hemos leído en 1 Pedro 2:3. ¿Gustamos nosotros también la benignidad del Señor en cualquier situación? Muchos hermanos han pasado por circunstancias difíciles en estos meses pasados, y es fácil quejarse al Señor: “¿Señor, por qué ha ocurrido esto, y por qué a mí, o a mi familiar? Pero, en cualquier situación, Dios quiere que reconozcamos que Él es bueno y que Su misericordia es para siempre. No importa cuál sea la situación: cárcel, persecución, dolor, enfermedad, o pérdida de un ser querido, tenemos que volver nuestros corazones al Señor y gustar que Él es bueno y confiar en que Su misericordia es para siempre. Sé que, a veces, no es fácil, pero ese es el camino para ser transformados a Su imagen y ser edificados.

Reconociendo Su soberanía

En todas estas situaciones, sepamos o no el por qué o para qué, debemos reconocer que Él es Soberano. Cuando, a la mañana siguiente salieron de la cárcel y volvieron con los hermanos, hicieron una oración, y lo primero que dijeron fue: *“Alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; (Hch. 4:24). ¡Soberano Señor! Reconocer Su soberanía en todas las circunstancias de nuestra vida, que todo lo que somos y tenemos le pertenece a Él, porque Él nos ha comprado con Su sangre preciosa, que somos Suyos, es el principio para que el Señor pueda actuar en nosotros y seamos transformados en piedras vivas. Da igual la situación, de enfermedad, de dolor, de tristeza, en todas las cosas por las cuales pasamos y por las cuales pasan muchos hermanos, tenemos que reconocer la soberanía del Señor, volvernos a Él y gustar lo bueno que es Él y Su misericordia. Si verdaderamente disfrutamos del Señor y de esa comunión y entrega, algo en nuestra vida cambiará. Estoy seguro, porque lo he visto en muchos hermanos en medio de momentos complicados. Esto cambia nuestras vidas y nos hace piedras vivas para que podamos ser edificados sobre la Piedra angular.*

Invocando Su nombre en la debilidad para salvación

No digo que no haya momentos de debilidad, que siempre tengamos que ser tan fuertes, pero en esos momentos, como ya hemos visto, tenemos el nombre del Señor Jesucristo, un nombre precioso y poderoso. En el mismo Salmo 118 que citó Pedro, después de decir que el Señor es bueno y que Su misericordia es para siempre, dice: *“Desde la angustia invoqué a JAH, Y me respondió JAH, poniéndome en lugar espacioso”* (Sal. 118:5). ¿No es maravilloso? Por supuesto que hay momentos de angustia, la misma que pudieron sentir Pedro y Juan al ser echados en la cárcel. Pero en medio de esos momentos, podemos invocar el nombre del Señor para seguir gustando de Su bondad. La situación de los discípulos en Hechos 4 no era fácil, ni agradable. En los versículos 5 y 6 dice: *“Se reunieron en Jerusalén los gobernantes, los ancianos y los escribas, y el sumo sacerdote Anás, y Caifás y Juan y Alejandro, y todos los que eran de la familia de los sumos sacerdotes”*. ¿Te imaginas estar rodeado de todos esos “perros de presa”? ¡Señor Jesús! Como dice el salmo 118: *“Todas las naciones me rodearon; Mas en el nombre de Jehová yo las destruiré”* (v. 10). Pero, como hemos dicho, seguro que ellos invocaron el nombre maravilloso de Jesús y dijeron, una vez más, como el salmista: *“Jehová está conmigo; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”* (Sal. 118:6).

El resultado: llenos del Espíritu Santo y edificados sobre la Piedra angular

Creo que esa noche en la cárcel fue una noche gloriosa: estaban en comunión con Su Señor, disfrutando de lo precioso que era, gustando de Su bondad, dando gracias por Su misericordia e invocando Su maravilloso nombre; por eso cuando llegó el día, el versículo 8 dice: *“Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo”*. ¡Estaban llenos del Espíritu Santo! Si toda la noche hubieran estado quejándose: “Señor, por qué estamos aquí. Hubiera sido mejor estar fuera. Allí fuera se podían haber convertido otros 2000 o 3000, pero aquí no podemos hacer nada”. Esa es nuestra manera de pensar, pero no hubo queja, sino alabanza, gozo, comunión, oración, acción de gracias, una unión maravillosa entre el Señor y ellos. El Espíritu fluía en ellos de tal manera que cuando acabó la noche estaban llenos del Espíritu Santo. ¡Gloria al Señor!

Estar lleno del Espíritu Santo no es un estado anímico, no depende de las circunstancias, es una persona maravillosa, una persona viva que vive en nosotros, y cuando nos acercamos a Él, gustamos lo maravilloso que es y

reconocemos que Él es soberano sobre nuestras vidas, siendo obedientes a Su hablar, nos llena. De esta manera se produce un cambio en nuestra vida, somos transformados y llegamos a ser piedras preciosas, como Él; y es así que somos edificados unos con otros con Cristo como nuestra Piedra Angular: “*Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo*” (1 Pe. 2:5). Cristo, como la Piedra angular nos lleva a ser edificados.

La iglesia – Los Suyos

Este capítulo nos muestra algo precioso: cuando salieron fueron a los “Suyos”, la iglesia: “*Y puestos en libertad, vinieron a los suyos*” (v. 23). ¡La Piedra viva siempre nos lleva a la comunión! Si la Piedra angular no te lleva a la comunión, entonces, ten cuidado, no es la Piedra angular. O si te lleva a una comunión acerca de doctrinas o personas, no es la Piedra angular. La Piedra angular siempre te lleva a la iglesia. Ellos no se fueron a sus casas sino que buscaron la comunión con los hermanos.

Este es un aspecto maravilloso de la iglesia: “**los suyos**”. ¡Me encanta este aspecto! Hemos hablado muchas veces de la iglesia como el Cuerpo de Cristo, la casa de Dios, etc. pero aquí encontramos algo muy sencillo: los suyos, los nuestros. ¿No lo disfrutas hoy? Estamos aquí con “los nuestros”. ¡Gloria al Señor! Los nuestros no son nuestra familia en la carne, ni los de nuestra nación, ni los de nuestra raza, ni tampoco los de nuestra denominación, los nuestros son todos aquellos que como este cojo del capítulo 3, y otros muchos hermanos, han gustado la benignidad del Señor, han sido salvos invocando el nombre del Señor, han sido lavados en Su sangre, han recibido el Espíritu Santo y ahora son edificados juntamente con nosotros sobre la Piedra angular.

Y una vez que estuvieron con “los suyos”, su verdadera familia, oraron, alabaron, fueron llenos del Espíritu; eran un corazón y un alma, no eran egoístas, lo compartían todo, daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús y tenían abundante gracia (v. 33). Esta es la vida de la iglesia edificada sobre la Piedra angular. ¿No es maravilloso estar con “los nuestros”?

De piedras a edificadores

Este capítulo también nos habla de los edificadores: “*Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo*” (v. 11). Por un lado somos piedras vivas pero, por otro, también

somos edificadores. Los primeros edificadores fueron rechazados porque rechazaron a la Piedra angular; pero nosotros, que hemos recibido a Jesús, la piedra reprobada, y tenemos la sobreabundancia del Espíritu Santo, ahora podemos también edificar. Aquellos, que eran doctos y nobles, lo rechazaron, mientras que estos, galileos, sin letras y del vulgo (lo necio y menospreciado (1 Co. 1:27)) fueron llamados a edificar la casa de Dios, la iglesia: “*Entonces viendo el denuedo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús*” (v. 13). Quizás no tuvieran el conocimiento intelectual de aquellos sacerdotes, pero estaban llenos del Espíritu Santo. El único requisito verdadero y real para edificar Su casa es que estemos llenos del Espíritu Santo y Éste pueda fluir a otros. Eso es lo que edifica y lo que nos constituye como verdaderos edificadores. Somos piedras vivas, pero también somos edificadores y podemos edificarnos los unos a los otros. ¡Gloria al Señor por esta Piedra angular! Nadie puede reemplazar esta Piedra, la Piedra de fundamento única para edificar la iglesia.

Ricardo Martínez